

Espera y confía

—Tenemos que sentarnos aquí y esperar, Nico —dijo la mamá—. El doctor vendrá pronto. Y no te preocupes por Berto, estará bien.

—Pero, mamá, yo quiero estar con Berto cuando lo examine el veterinario —suplicó Nico mientras se sentaba en la sala de espera del consultorio del veterinario.





Berto, un perro labrador, era el mejor amigo de Nico. Y éste estaba seguro de que Berto era el mejor perro que podía tener un chico. Berto tenía una pata delantera muy hinchada, lo que le provocaba cojera, así que Nico lo llevó al veterinario. Estaba preocupado pues no sabía qué le pasaba en la pata a Berto.

—¿El veterinario podrá ayudar a Berto? — preguntó Nico a su madre—. Cuando el doctor le revise la pata, ¿le dolerá?

—Nico, preocuparte por Berto no hará que se sienta mejor ni él ni tú —dijo su mamá—. El veterinario es un doctor excelente y cuidará bien de Berto. ¿Por qué no oras y le pides a Jesús que también lo cuide?

Nico aguardó sentado en un banco fuera de la consulta. Esperaba que nadie se diera cuenta de que estaba llorando. Lo único en que pensaba era en lo triste que parecía Berto y que no entendería por qué no estaba con él.



Nico se sorbió la nariz y oró en silencio para que Jesús estuviera con su perro y le ayudara a no tener miedo.

—Hola, amigo ¿qué tal?

Nico alzó la mirada. Ante él estaba un hombre con una cajita debajo del brazo.

—¿Tu mascota está dentro?

Nico asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas.

—¿Cómo se llama tu mascota? —le preguntó aquel hombre tan amable.

—Berto.

—¡Oh, conozco a Berto! Soy el Dr. Jiménez y voy a examinarlo ahora mismo.

Nico sonrió.

—¿De veras, usted es el doctor?

—Así es. No tienes de qué preocuparte. En un momento revisaré a Berto. Seguramente tendrá una espina en la pata que precisará un poco de atención.



El doctor le ofreció a Nico una galleta de la caja que llevaba.

—Toma una galleta —y luego le entregó una galletita para perros—, y esto es para Berto cuando termine de mirarle la pata.

—Gracias —dijo Nico sintiéndose mejor.

No solo acababa de conocer al doctor, sino que estaba contento sabiendo que su perro estaba en buenas manos.

Y así fue, Berto solo tenía una espina clavada en la pata, y al poco tiempo y con buenos cuidados, ya estaba corriendo y jugando con Nico. ¡Como nuevo!

Aquel día Nico aprendió una valiosa lección. Preocuparse no sirvió de nada, lo que ayudó fue tener fe en que todo saldría bien. ¡Y así pasó!

«Confía en el Señor con todo tu corazón»
(Proverbios 3:5).

Adaptación: Devon T. Sommers, basado en un relato de Vivian Kaskow. Ilustraciones: Alvi. Diseño: Stefan Merour.
Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2013